



Carretera a Villibañe (León)

CORINA ARRANZ

LA ESPAÑA QUE SE ENCUENTRA CUANDO NO SE BUSCA

«Por carreteras secundarias», de **Alfonso Armada**, explora las tierras, gentes e historias ignoradas y olvidadas de nuestro país

Por *carreteras secundarias*
Alfonso Armada



Pról.: **Ignacio Martínez de Pisón**
Malpaso, 2018
400 páginas
20,90 euros
★★★★

MIGUEL ÁNGEL BARROSO

Sostiene el antropólogo Marc Augé que en la era de la globalización la ciudad como tal ha desaparecido, convertida en una gigantesca colección de «no lugares» (un centro comercial, una habitación de hotel, una ronda de circunvalación... espacios intercambiables donde el ser humano es anónimo). La urbanización del mundo ha creado grandes metrópolis interconectadas entre sí por filamentos urbanos y que, juntas, constituyen una metaciudad virtual. Y, sin embargo, es en ese ecosistema denso, asfixiante, donde (casi siempre) se escribe en este tiempo el relato de nuestra especie.

Hace unos años el periodista, escritor, poeta y dramaturgo Alfonso Armada (Vigo, 1958) se planteó hacer un reportaje sobre cómo salir de Madrid a pie, misión harto complicada por la red de filamentos urbanos que la cercan. Esta idea subyace en el arranque de su último libro, *Por carreteras secundarias*, un viaje a la España que se encuentra cuando no se busca, ignorada, olvidada, fuera de foco, semivida. Carreteras don-

de el TomTom pierde el norte, pueblos donde el censo de muertos supera con mucho al de los vivos, ríos que aspiran a algo mejor que enfriar la fiebre de una central nuclear, palomares de adobe que se disuelven en la tierra de la que nacieron, gentes cuyas vidas no interesan a nadie, soledades cuya banda sonora es el susurro del viento y el canto de la chicharra.

Paraisos perdidos

Y, a pesar del argumento, a pesar de esa fotografía de portada de Corina Arranz (colaboradora necesaria del proyecto) donde aparece un sillón sucio y desvencijado cubierto por una tela (¿la sábana de un fantasma?), no estamos ante un viaje a la desolación absoluta. La ca-

NO ES UN VIAJE A LA DESOLACIÓN ABSOLUTA, YA QUE UNA CARRETERA SECUNDARIA PUEDE SER MUCHO MÁS HUMANA

rretera secundaria es «mucho más humana, mucho más hermosa, mucho más solitaria que la autopista y la autovía». En los «no lugares» de Armada –al contrario de lo que ocurre en los «no lugares» de Augé– encontramos paraísos que no se han sabido vender (y por eso siguen siendo paraísos), refugios como un hotel de Beteta (Cuenca) de esos «que aman los escritores, los viajeros que huyen del bullicio, leen libros y periódicos

que no consideran al lector imbecil...», pueblos mágicos como Peñalba de Santiago (León), donde la tentación eremítica aún es posible, y restaurantes que ofrecen «comer como un cura a precio proletario».

Y está, claro, ese paisanaje con ganas de ser escuchado. Descubrió el geógrafo Eduardo Martínez de Pisón –y así lo expresó en la presentación de este libro– un carácter qijotesco en el autor. Manuel Azaña estaba convencido de que los españoles continuamos la ruta del Quijote, poblamos su tierra, hablamos su lengua e interactuamos con los personajes de sus andanzas, transmutados aquí en barqueros del Ebro, pastores de Tierra de Campos, horticultores, venteros afectados por las carreteras de circunvalación...

Es la de Armada una literatura vivida, no planeada («nadie nos espera ni a nadie buscamos»), compasiva pero no complaciente (hay lugares de los que salir huyendo y no volver jamás). Un viaje que se detiene en los meandros y que, sin embargo, en su versión original «sufrió» la premura del cierre, ya que fue publicado en ABC como minireportajes diarios durante dos veranos. Preferimos los textos condicionados por el espacio reducido del papel, tecleados a vuelapluma y con precisión periodística, que las versiones extendidas para la web, aunque sabemos que la tentación de embalsar el meandro es muy grande en alguien imposible de embriagar cuando se pone a escribir. ■

Brahms salva de la depresión

William Styron, autor entre otros éxitos de «La decisión de Sophie», padeció una depresión que desmenuza en esta crónica

ANDRÉS IBÁÑEZ

Al principio de *Esta casa en llamas*, William Styron citaba un pasaje de alucinante belleza tomado de unas de las obras de prosa más grandes que conozco, los sermones de John Donne. Me gusta tanto esta cita (aunque leyendo a Donne se pueden encontrar muchos párrafos similares a ese) que la considero, en mi memoria, como una creación del propio Styron, o incluso una especie de poética o declaración de intenciones. Ahí está el deseo de crear belleza con las palabras, el propósito de crear una prosa trabada y poderosa, casi arcaizante en su densidad especiosa y, desde luego, la atracción por las simas de la mente humana. El propio Styron, autor de novelas como *Las confesiones de Nat Turner* o *La decisión de Sophie*, afirma que la sombra de la depresión puede rastrearse en su obra desde el principio.

PARA STYRON LA DEPRESIÓN no es más que una enfermedad mental. Si, es una forma de locura, ya que aunque él mismo rastrea su vida en busca de posibles causas para la depresión que se apoderó de él a mediados de los años ochenta (el abandono del alcohol, que había sido hasta entonces su principal vía de escape, o incluso factores mucho más lejanos en el tiempo como la muerte de su madre cuando era casi un niño o la herencia genética de un padre depresivo), el mensaje que parece intentar transmitirnos en *Esa visible oscuridad* es que uno debe enfrentarse a la depresión más con fármacos que con psicoterapia y lo que a él le salvó fue la estancia en el hospital, donde finalmente su depresión fue tratada como lo que era realmente: una enfermedad.

Y SIN EMBARGO... LA MAYORÍA DE LOS FÁRMACOS que le receta un tal doctor Gold, ejemplo de facultativo indiferente o incompetente, tienen el efecto de hundirle más en la depresión, y el punto de inflexión de su caída en la sima de las sombras, precisamente la noche en que ha decidido de una vez por todas acabar con su vida, es algo tan poco químico y tan poco clínico como escuchar por casualidad la *Rapsodia para contralto* de Johannes Brahms. Esta música maravillosa (y, por otra parte, tristísima), le trae a Styron recuerdos de todas las cosas buenas que ha habido en su vida y le hace, por fin, desear con todas sus fuerzas salir del pozo. Styron relaciona la depresión con eso que desde la antigüedad suele llamarse «melancolía» y pone el *Infierno* de Dante y su *Purgatorio* como ejemplos del tratamiento del tema de la depresión en la literatura.

Me parece una lectura de Dante innovadora, sorprendente y quizá revolucionaria. ¿Serán, entonces, muchas de nuestras preocupaciones metafísicas más profundas, el armazón de nuestra culpa, nuestra ética y en gran parte nuestra civilización, meras consecuencias de un desequilibrio químico de nuestro cerebro? La traducción de Sa-lustiano Masó, cosa que no suele suceder en las versiones del idioma inglés, es ejemplar. ■



Esa visible oscuridad
William Styron
Capitán Suing, 2018
85 páginas
14 euros
★★★★



William Styron